

como sea posible, hasta la invasión del sueño, á fin de mejor asegurar la calma cerebral, esa hora nefasta en que estamos ménos que nunca garantizados contra las tendencias viciosas.

El culto privado doméstico se distingue del precedente por la grande institucion de los sacramentos sociales. El conjunto de nuestra vida debe ser considerado como la série de las preparaciones destinadas á incorporarnos finalmente al Gran Sér, cuando dignamente le hayamos servido. Los nueve sacramentos están destinados á santificar las fases generales de la vida privada, ligándolas más y más á la vida pública. Estos son: la presentacion, la iniciacion, la admision, el destino, el matrimonio, la madurez, la retirada, la trasformacion, y en fin, la incorporacion. «Su invariable sucesion, dice M. Comte, constituye una série de preparaciones, segun las cuales, durante el conjunto de su vida objetiva, cada digno servidor de la humanidad tiende gradualmente hácia la eternidad subjetiva que debe erigirla en órgano propio de la diosa.» Estos nueve sacramentos, la mayor parte de los cuales es un plagio del cristianismo, siguen de esta manera al hombre desde su cuna hasta el último día. El primero no es otra cosa que una especie de bautismo positivista. M. Comte no olvida ni siquiera al conferir este sacramento inicial, al padrino y la madrina, que llama con una solemnidad ligeramente cómica, una pareja artificial. El segundo sacramento marca el paso de la educacion espontánea, que dirige la madre, á la educacion sistemática, emanada del sacerdocio. La admision autoriza al jóven, á los veintiun años, á servir libremente á la humanidad, de la cual hasta entónces recibió todo sin volverle nada. El destino consagrará la funcion útil, escogida definitivamente por el jóven servidor del Gran Sér, despues de ensayos libremente intentados y suficientemente prolongados. Cuando el hombre sea capaz de participar plenamente de la existencia social, fundando una nueva familia, recibirá el quinto sacramento, el matrimonio, que no implica una determinacion de edad muy precisa, sino solamente un límite inferior de veintiocho años para el hombre y veintiuno para la mujer. Este sacramento se completa por la institucion de la viudez eterna, y por el compromiso que contraen los consortes en el caso de que uno de los dos enviudara, de consagrarse al matrimonio subjetivo. Compromiso solemne, que parece ser, á los ojos de M. Comte, la consecuencia de la monogamia. En efecto, las segundas ó terceras nupcias ¿no son una especie de poligamia sucesiva? y por no ser simultáneo, ¿este doble ó triple matrimonio es más legítimo? A los cuarenta y dos años, el hombre, llegado al término de su desarrollo orgánico y de su preparacion social, recibirá el sacramento de la madurez, que debe marcar su apogeo. En este momento solemne, el sacerdocio notifica al hombre la inflexible responsabilidad que va á comenzar para él; las faltas hasta aquí reparables, se convierten entónces en decisivas, y serán el irrecusable texto segun el cual se pronunciará el juicio final. A los sesenta y tres años, el funcionario de la humanidad, viene en el sacramento de la retirada, á abdicar su agotada actividad. Este sacramento no será del gusto de todo el mundo. Los unos, por ejemplo, estarán obligados á entregar á un sucesor designado, el capital que les ha servido de instrumento. Se les permitirá solamente el sacar de la masa sus provisiones personales. El resto debe entrar á la libre circulacion de los funcionarios activos.

La institucion del octavo sacramento es para M. Comte la ocasion de maldecir uno de los más augustos sacramentos de la Iglesia católica, el que viene á consolar al moribundo mostrándole, en cambio de la luz terrestre, los esplendores del día que nunca acabará. Esto es á los ojos de M. Comte, una solemnidad monstruosa, en que el catolicismo, olvidando su destino por quedar fiel á su carácter anti-social, erige el rompimiento de todas las ligas humanas en condicion necesaria de una eternidad no ménos egoísta que quimérica. Al contrario, en el sacramento de la trasformacion, el sacerdocio de la humanidad, mezclando los pesares cívicos á las lágrimas domésticas, representa la existencia, pronta á abrirse como el perfeccionamiento subjetivo de los servicios objetivos que la hayan merecido.

Siete años despues de la extrema consagracion, el sacramento subjetivo completa la série de las preparaciones objetivas. Es la incorporacion.

«Cuando todas las pasiones perturbadoras estén bastante extinguidas, sin que los mejores documentos especiales se hayan perdido, un juicio solemne cuyo germen toma la socioeracia de la teocracia, viene irrevocablemente á fijar la suerte de cada uno. El sacerdocio, habiendo pronunciado la incorporacion, preside el pomposo trasporte de los restos santificados que, hasta entónces depositados en el campo cívico, vienen á ocupar un lugar eterno en el bosque sagrado que rodea el templo de la humanidad. Cada tumba se encuentra adornada de una simple inscripcion, de un busto ó una estatua, segun el grado de la glorificacion obtenida. La simple condenacion de una memoria dudosa se limita á ser irrevocable la sepultura municipal en el campo cívico. La condenacion doble, el anatema completo, consiste en trasportar la carga funesta al desierto de los réprobos entre los ajusticiados, los suicidas y los duelistas; tal es la ley.»

Hemos expuesto con algun detalle el culto privado, porque la ocasion nos ha parecido buena para hacer ver, en toda su penuria, la imaginacion de los fundadores de religiones nuevas. ¡Y qué! ¡Derribais la metafísica y la religion! ¡Proclamaís la caída de Dios! ¡Fundais sobre nuevas bases la naturaleza y la humanidad! ¡Rehaceís un culto, y todo esto para acabar por no sé qué parodia monstruosa de los cultos consagrados! En verdad, no valia la pena hacer tanto ruido. Bastaba decir que en lugar de Jesucristo poniais á la humanidad.

El culto público exigiria una larga exposicion. Nos bastará indicar lo esencial. M. Comte no puede determinar de antemano el género de arquitectura que la religion positivista hará nacer insensiblemente. Entre tanto, alojará su culto en los templos católicos. Pero al ménos puede marcar el lugar que deben ocupar los edificios positivistas y la direccion que convendrá darles. Los edificios sagrados deberán levantarse en medio de las tumbas escogidas en que reposan los nobles servidores del Gran Sér; deberán tambien ser dirigidos hácia la metrópoli general, que no puede ser mas que Paris. En cuanto á la distribucion interior, no necesita más que una prescripcion inmediata; pero M. Comte se fija en ello muy especialmente. Es necesario que el santuario pueda contener una sétima parte del auditorio, para que el gran sacerdote, al officiar, se encuentre rodeado de las mujeres escogidas que constituyen la mejor y más bella representacion del Gran Sér. ¡Cuántas inspiraciones no heberá en este medio simpático y escogido! M.

gantes invenciones del siglo. Los positivistas lo han sentido bien. Ellos se esfuerzan en repudiar esta parte de la herencia de M. Comte. Pero es precisamente esta alianza la que hacia la originalidad de la doctrina. La doctrina depurada no es más que el escepticismo metafísico, establecido y reclamado en nombre de la ciencia positiva.

## REVISTA DE PERIODICOS.

México, Febrero 1° de 1883.

Hoy hace un año que comenzamos la publicacion de la presente *Revista*, y nos parece conveniente decir con este motivo algunas palabras sobre el objeto que tuvimos y hemos tenido constantemente á la mira durante los doce meses que terminan. Nunca tal vez, como ahora, ha reinado anarquía tan deshecha en el campo filosófico: las ideas más contrarias, las opiniones más opuestas encuentran ardientes defensores, que ora aisladamente, ora formando agrupaciones bajo nombres colectivos, trabajan con fe y entusiasmo en pro de la bandera que adoptan, estimulándose de esta manera la asombrosa produccion de obras filosóficas que diariamente vemos anunciadas por la prensa de todo el mundo. Natural era que esta agitacion, que conmueve al pensamiento en sus más hondos arcanos, encontrase eco en nuestra patria, que en su sed de progreso y mejora, procura estar siempre al corriente del ensanche que adquieren los conocimientos humanos en aquellos países que marchan al frente de la civilizacion; pero sean cuales fueren las ideas que sobre puntos determinados profese cada uno, se comprenderá fácilmente que no podría ser útil ni provechoso para los intereses generales de la sociedad, el predominio exclusivo de ciertas opiniones, que á los ojos de sus sectarios pueden aparecer como la última conquista de la inteligencia, pero que no son en realidad sino viejos errores disfrazados con ropajes nuevos, y se haría por lo mismo indispensable buscar la luz y la verdad por medio de un exámen franco y una discusion razonada.

Conociendo íntimamente la necesidad y magnitud de la obra, al mismo tiempo que la debilidad de nuestras fuerzas, no vacilamos sin embargo en acometerla, fiados en la bondad de la causa que defendíamos y en los excelentes elementos con que contábamos; porque si nos complacemos en reconocer talento, instruccion y aún dotes de genio en algunos jefes de las escuelas modernas, con cuyas doctrinas no vamos de acuerdo, ninguna de esas cualidades escasea en la numerosa falange de pensadores, que someten á un criterio sano y riguroso, sistemas que á primera vista pueden deslumbrar á los incautos ó mal prevenidos. Determinar el valor de ciertas doctrinas filosóficas; exponer lo que han alcanzado los pensadores más profundos sobre esos grandes problemas que han fatiga-

W. H.  
Programa —

do y fatigan la inteligencia humana; dar á conocer en cuanto sea posible el movimiento filosófico de nuestra época, empleando de preferencia los trabajos de ilustres escritores: tal es el objeto de la presente publicacion. Estas pocas palabras con que anunciamos la *Revista*, encierran el programa que nos propusimos seguir, su importancia efectiva y el modesto papel que nos atribuimos. Nunca ha pasado por nuestra mente la idea de erigirnos en jefes de una nueva escuela; tampoco la más humilde si se quiere, aunque no menos presuntuosa, de sostener por nuestras propias fuerzas sistemas que han brotado bajo otro cielo y en muy diversas circunstancias; comprendemos el alto valor que encierran las denominaciones de *sábio* y de *filósofo* para declinarlas cortesmente en quienes sin duda se reconocen méritos bastantes para llevarlas: nosotros no somos más que oscuros servidores de un pensamiento útil y provechoso para la juventud y para la sociedad en que vivimos, y creímos que á pesar de nuestra insuficiencia, podríamos desempeñar el papel de divulgadores, haciendo ver que lo que por un momento pudo estimarse como un conjunto de verdades definitivamente adquiridas en el terreno de la ciencia, estaba lejos de haber afianzado su imperio en el mundo de la verdad y la razon.

No se nos ocultaba que nuestra empresa provocaria objeciones más ó ménos apasionadas y vehementes entre los que se consideraban dueños pacíficos y absolutos del dominio filosófico, pues sabemos muy bien lo susceptibles é irritables que son las preocupaciones de secta; y en efecto, difícil seria reducir á número los escritos publicados en contra de nosotros, desde el artículo serio con ínfulas de impugnacion, hasta el chascarrillo que con pullas ó desahogos epigramáticos, generalmente dirigidos contra nuestra persona, se ha tratado de herir doctrinas que reposan en algo más sólido que la frivolidad, natural enemiga de la meditacion y el estudio. Nuestro camino, sin embargo, estaba de antemano trazado: no buscar, pero tampoco esquivar la discusion reposada, guardando siempre los miramientos debidos al adversario, sea quien fuere; hacer á un lado con la más completa indiferencia, insultos y diatribas, que llevan consigo su propia refutacion. En cuanto á lo primero, no toca á nosotros decir el resultado de las polémicas que hemos sostenido: impresas están todas las piezas de los debates, y en cualquier tiempo puede consultarlas quien tenga algun interés en conocer el grado que ha alcanzado en nuestro país y en nuestros dias, la cultura filosófica. Respecto de lo segundo, no disimularemos nuestra satisfaccion al haber hecho patente la diferencia que media entre las armas de la razon y las que la pasion emplea, pudiendo añadir que si hemos sido poco hábiles en el manejo de las primeras, al ménos no hemos envilecido ni degradado nuestra causa, echando mano de las que solo sirven para quienes de aquellas carecen.

Las hostilidades no pararon en esto, sino que se quiso eliminarnos por medio de una maniobra calculada con cierta destreza, de la cátedra que servimos en la Escuela Preparatoria. Con toda sinceridad declaramos que estamos muy lejos de hacer alusion á nadie en particular sobre este negocio, cuya parte secreta no nos es suficientemente conocida; más todavía, tenemos la convicción de que esta vez, como sucede con frecuencia, la buena fe de algunas personas, fué víctima de una verdadera sorpresa; esto no altera, sin embargo, la realidad de las cosas, puesto que se tendrían simplemente á restablecer una enseñanza, al mismo tiempo que se sostenía lo contrario. Si nada más que de nosotros se hubiera tratado, en el acto nos habríamos separado de un puesto que no nos ofrece ningun atractivo individual; pero por una parte, la dignidad del profesorado que en nosotros veíamos atacada, y por otra, los elevados intereses morales que se nos confiaron desde el momento en que se nos llamó á servir dicha cátedra, detuvieron nuestro primer impulso, y nos limitamos entónces á poner de manifiesto los hechos tales como eran en la realidad, esperando tranquilos la resolucion de quien únicamente tiene facultad para dictarla. Esa resolucion nos fué favorable, y con ese motivo se han emitido especies, cuyo valor nos es necesario fijar. Háse dicho, por ejemplo, que hemos intrigado, valiendonos de ciertas influencias para obtener determinado resultado. Esto, perdónesenos la expresion, no pasa de una vulgaridad que sólo el despecho puede haber inventado. Bueno es advertir desde luego que si á tales medios hubiéramos apelado, no habríamos hecho otra cosa que defendernos con las mismas armas con que se nos atacaba; pero ni nuestro carácter se presta á esa clase de evoluciones, ni habia necesidad de ellas, cuando

Comte no ha fijado un límite superior de edad para admitir á las mujeres en el santuario. Yo he querido reparar la omision; he vacilado mucho tiempo entre los veinticinco y los treinta años. Me decido por los veinticinco. En cuanto á las otras condiciones estéticas, será negocio del gran sacerdote. No usurpemos sus agradables atribuciones.

Una grave cuestion es la del signo usual y de la fórmula positivista que hay que sustituir á la señal de la cruz y á la fórmula cristiana que la acompaña. Siendo M. Comte frenólogo, resuelve de esta manera la dificultad. Se pondrá sucesiva y rápidamente la mano sobre los tres órganos cerebrales del amor, del orden y del progreso. En lugar de decir: en el nombre del Padre, se dice: *el amor por principio*; en lugar de: en el nombre del Hijo, se dirá: *el orden por base*, y en fin, *el progreso por objeto* en lugar de: en el nombre del Espíritu Santo; el *Amen* será suprimido.

Seria demasiado largo hablar de las procesiones, de los estandartes de dos vistas, de las fiestas de todas clases que se celebrarán periódicamente, y en el número de las cuales no se deben olvidar dos nuevos géneros muy agradables, las *fiestas estáticas* y las *fiestas dinámicas*. Pero no podemos absolutamente pasar en silencio el famoso calendario positivista, que ha parecido al público una cosa tan divertida, que cinco ó seis ediciones se han agotado en dos ó tres años.

¡Excelente M. Comte, que ve en la prodigiosa venta de su almanaque la irrecusable prueba del éxito de su doctrina!

Hemos dicho el *calendario*, seria más justo hablar en plural. Hay dos calendarios positivistas: el uno definitivo y que consagra el culto abstracto de la humanidad, el otro simplemente provisorio y destinado á la época de transicion. El primero tiene por objeto representar fielmente ya la teoría fundamental de la familia y de la sociedad regeneradas; ya la evolucion lógica de la iniciacion humana. Los trece meses, porque hay trece meses en el positivismo, están consagrados, los seis primeros, á los lazos fundamentales, la humanidad, el matrimonio, la paternidad, la filiacion, la fraternidad, la domesticidad; los tres siguientes, á los estados preparatorios que el género humano ha atravesado, como el fetiquismo, el politeismo y el monoteismo; los cuatro últimos á las funciones normales de la sociedad regenerada, la mujer ó la vida afectiva, el sacerdocio ó la vida contemplativa, el proletariado ó la vida activa, la industria ó el poder práctico. Pero el culto abstracto no exige una organizacion inmediata; supone convicciones previas que no existen aún ó que no son bastante profundas.

Entretanto, hay que contentarse con un calendario ménos abstracto, que tenga por objeto la *glorificacion concreta del pasado*, es decir, la conmemoracion de los grandes antepasados de la familia humana y de los más nobles servidores de la humanidad. Pero entre estos padres ilustres, cuya memoria es preciso consagrar, hay diferentes grados. Hay, si así puedo decir, los grandes santos, los santos pequeños, los santos de especie media, que darán tres géneros de tipos: mensuales, semanarios y cotidianos. Los *trece tipos mensuales*, protectores y patronos de los trece meses del año positivista, son: Moisés, Homero, Aristóteles, Arquímedes, César, San Pablo, Carlomagno, Dante, Gutenberg, Shakspeare, Descartes, Federico, Bichat. En cada mes, hay *cuatro tipos semanarios*, lo que da cincuenta y dos por año. En cada semana, hay *seis tipos cotidianos*,

porque el *tipo semanario* se localiza en el sétimo día. Se encuentra algo de arbitrario en la reparticion de los nombres ilustres que componen estas tres categorías. Hércules se indigna de estar subordinado á Numa, y San Juan Bautista se ruboriza por la vecindad incivil de Mahoma, que no sólo es su vecino, sino su jefe de fila. Por su parte, Platon se pregunta por qué no tiene á sus órdenes más que una sola y maquina semana, mientras que el orgulloso Aristóteles muestra su triunfo durante todo un mes. En el mes de César, Demóstenes está pegado á Filipo, y ámbos quisieran de buena gana verse separados. Beethoven marcha bajo las órdenes de Mozart, y José de Maistre obedece de mal talante al burlon David Hume. En cuanto al doctor Gall, se instala magestuosamente en una luneta de orquesta, mientras Kepler y Copérnico entran en el patio, perdidos entre la multitud. Estos son puros detalles, que hacen infinitamente agradable la meditacion del almanaque. No olvidemos la nomenclatura de los días de la semana.

Lunes	el matrimonio	maridi.
Martes	la paternidad	patridi.
Miércoles	la filiacion	filidi, etc., etc.

Nos dan en seguida: *fratriddi, domiddi, matriddi, humaniddi*, lo que hace un conjunto sumamente agradable. *Mariddi*, el 15 *Alarcon Sakespeare 67* será una fecha muy chistosa para escribir al pié de una carta.

Querriamos, ántes de concluir, dar una rápida noticia sobre la constitucion futura del clero positivista. Habria curiosas revelaciones que hacer. Una palabra solamente sobre los diferentes grados de la santa milicia. Se compondrá de tres órdenes sucesivos: los aspirantes admitidos á los veintiocho años, los vicarios á los treinta y cinco, y los sacerdotes á los cuarenta y dos.

Los primeros son simples novicios; aun no pertenecen al poder espiritual; no tienen residencia fija y se contentan, esperando el sacerdocio, con percibir un sueldo de 3,000 francos. Los vicarios ya pertenecen irrevocablemente al sacerdocio. Renuncian á su patrimonio temporal, y reciben, en compensacion, un sueldo anual de 6,000 francos. Sus funciones se limitan á la enseñanza y á la predicacion. No es el matrimonio, es el celibato lo que les está prohibido. Los sacerdotes ejercen el poder espiritual en toda su plenitud; desempeñan en las familias y en las ciudades, el triple oficio de consejeros, de consagradores y reguladores, todo á razon de 12,000 francos anuales, sin contar las indemnizaciones de visitas diocesanas. En fin, en la cumbre de la gerarquía, encontramos al gran sacerdote de la humanidad, que naturalmente recidirá en la metrópoli del Occidente regenerado, perifrasis positivista que significa Paris. Su sueldo personal es de 60,000 francos, *además de los gastos materiales que exija su inmenso servicio*. Será asistido, en el ejercicio de su vasta autoridad, por *cuatro superiores nacionales*, cuyo sueldo equivaldrá á la mitad del suyo. Se ve que todo está perfectamente previsto, y que la parte hacendaria está tratada con una tierna solicitud. En el presupuesto del positivismo, no tengais cuidado de que el presupuesto de los cultos se olvide.

En cambio, nada iguala al santo furor de M. Comte contra la Universidad. Que lo pueda un día y desaparecerá.

«La restauracion oficial de la Universidad, dice M. Comte, fué la principal falta del dictador militar. A pesar de la ruidosa influencia de las corporaciones metafísicas, una dictadura enérgica puede suprimir hoy su presupuesto, sin suscitar ninguna resistencia en favor de una institucion embrutecedora y corruptora. No satisfaciendo ninguna necesidad profunda, la Universidad francesa puede pasarse, ménos que ningun clero, de la proteccion legal, que las libres simpatías no podrian reemplazar ahora. Ella perderá toda existencia colectiva con su presupuesto y su monopolio, á pesar del atractivo que todavía parece inspirar el estudio de las palabras y de las entidades. En cuanto á las escuelas especiales, podrian desaparecer todas hoy, salvo las escuelas veterinarias, sin comprometer realmente ningun servicio público ó privado.»

El Instituto está envuelto en el mismo anatema; desaparecerá en la misma tormenta. La dictadura positivista cesará de asalarar á estos clubs teóricos, estos motines permanentes de medianías contra toda superioridad, estas academias degeneradas, obligadas á instituir dos semi-Fontenelle, por falta de soportar un Condorcet. Los decretos del porvenir están preparados; no falta más que la firma de la humanidad.

Hemos llegado al término de esta larga exposicion, y nos preguntamos qué conclusion debemos sacar. Fácil es imaginarse que no vamos á discutir en detalle todas estas invenciones que desafian toda polémica seria por su extravagancia exagerada. La sola crítica que dirigiremos á M. Comte, tal vez le hubiera sorprendido; le acusaremos de timidez, de inconsecuencia, y para decirlo de una vez, de hipocresía.

Si, cuando se hace tanto para destruir, no hay que detenerse en el camino. Todo punto de detencion es una inconsecuencia. Hé aquí la lógica rápida de los sistemas en la izquierda hegeliana. Feuerbach, como M. Comte, detesta todas las metafísicas y todas las religiones; declara tambien, que durante largos siglos el hombre se ha sacrificado á los necios ídolos de una filosofía ilusoria, y que ha honrado por un imbécil suicidio vanas abstracciones. Afirma que no es Dios quien ha creado al hombre, sino el hombre el que ha creado á Dios, objetivando la concepcion que tenia de sí mismo. Es el hombre el que ha desprendido la más noble parte de su alma, atribuyéndole cándidamente una existencia distinta, y á su vez le ha nombrado Brahma, Júpiter, Jehovah, Jesus. ¡Qué el hombre se habitúa, en fin, á tomarse á sí mismo por término supremo de su culto! ¡Que el género humano se siente Dios! Esta era la conclusion del famoso libro de Feuerbach, *la esencia del cristianismo*; pero esa conclusion fué superada. Ved venir á M. Max Stirner, y á sus ojos, Feuerbach no es mas que un devoto, aun más, un gazmoño; tiende todavía á la trascendencia; admite un sér extraño al hombre y superior á él. Aun es el puro discípulo de la immanencia, el libre filósofo que, libre de toda preocupacion, devuelve personalmente á cada hombre la posesion de lo absoluto.

M. Comte es un retrógrado de la misma especie que Feuerbach. Destruye á Dios. ¡Muy bien! pero le reconstruye, ¡qué inconsecuencia! ¿Valia la pena de hacer tanto ruido por tan poca cosa? Todos los argumentos, sábiamente dirigidos contra la religion ó el deismo filosófico por M. Comte y por M. Feuerbach, se vuelven forzosamente contra su sistema humanitario. Cosa extraña y que bien prueba la eterna solidariedad de los sistemas tanto en el error como en la verdad. La dialéctica viva y afectada de Stirner contra

Feuerbach, se aplica con una admirable precision á la doctrina de M. Comte. ¿Qué es, ptes, podemos decir tambien nosotros al jefe de la religion positivista, qué es esa idea del hombre generalizado que poneis en lugar de Dios? ¿Qué es ese pálido y gigantesco fantasma de la humanidad subjetiva, que crece sin cesar, que se alimenta de mis lágrimas, de mi sangre, de mi sudor, que pretendéis honrar con tan extraños sacrificios, con tantas abnegaciones, privaciones y trabajos? Es todavía un Dios exterior, aun un azote de los siglos por venir, tirano futuro de la historia, verdugo implacable de nuestras conciencias, déspota fuerte de nuestras flaquezas, poderoso por nuestras miserias! ¡La humanidad, todavía una abstraccion, todavía una religion, es decir una servidumbre!

Nosotros tambien, como M. Stirner, podemos preguntar á M. Comte: ¿Qué habeis, pues, pretendido hacer? ¿Cambiar un nombre? ¿Es esto todo? se decia Dios, vos direis la humanidad. ¡Bella conquista, hermoso triunfo! ¿En dónde está, pues, la verdadera libertad, y cuándo dejaremos de ser engañados? Y, como el último hegeliano, concluirémos diciendo que este largo engaño, que ha durado más de seis mil años, no cesará, sino hasta que cada uno de nosotros haya echado por tierra todas las abstracciones, arruinado todos los ídolos, aniquilado todos los cultos, el derecho, el deber, el amor, la fraternidad, la humanidad; no más Dios; pero tambien no más humanidad divinizada, formas insidiosas bajo las cuales trata de renacer la vieja idolatría. Como Stirner, en fin, proclamaremos que no hay nada fuera del individuo; que el individuo es el único Dios; que yo soy para mí mismo el Dios solo y el único sacerdote de mi solitaria divinidad; que fuera de mí comienza la nada; que lo absoluto del sér está en mí, en mí solo. Aquí, al ménos, no hay más inconsecuencias pusilámines. No somos ya revolucionarios tímidos de la metafísica, vamos hasta el término de nuestra gigantesca insurreccion contra Dios. Negad á Dios, y yo os desafío á que no llegéis lógicamente á esta horrible y monstruosa idolatría del yo humano. Hay alguna fuerza de espíritu para llegar hasta este gran delirio.

M. Comte se ha detenido á medio camino. Nos da un dios de su invencion, el dios más pálido, el más impotente, la más estéril abstraccion, el reflejo más descolorido de la existencia humana. No cree en la existencia de una realidad superior y distinta del mundo de una causa suprema que contiene en sí la razon universal y el último fin de las cosas. Y pone su espíritu y el de sus adeptos en la más extraña de las torturas para hacerles imaginar esa abstracta existencia, esa realidad subjetiva, misteriosamente refugiada en el recuerdo de los vivos, pálida divinidad, silenciosa huésped de esos limbos interiores que cada uno lleva en el fondo de su pensamiento, y de la que nos complacemos, de vez en cuando, en evocar alguna imágen fugitiva, algun tipo borrado. Se convendrá en que esto es una mansion singular y un dios extraño. ¿Quién puede creer que la implacable lógica se pagará de un símbolo tan cándido? ¡Y qué! vos le habeis enseñado el ser desilusionado ante un tipo augusto y sublime, ideal supremo de nuestra razon, objeto de nuestro inmortal deseo, y cándidamente creéis que se detendrá justamente en los límites que le habeis trazado y que respetará vuestras pueriles quimeras! ¡Chistosa ilusion! ¡Querer imponernos el culto de la diosa Humanidad cuando se nos ha quitado á Dios! El ateísmo religioso de la escuela positivista quedará como una de las más extrava-